

—¿En dónde está?—dijo por último.

—Allá arriba, en su habitación. La he dejado en la cama. Quiero que usted le examine el corazón antes de echarla aquí dentro... Por mi parte, yo he escuchado, pero nada he oído.

El doctor subió. La habitación no había sufrido alteración alguna. Tan sólo una ventana había sido abierta. Las flores, marchitas, ahogadas en su propio perfume, no exhalaban ya sino el insípido aroma de su carne muerta. En el fondo de la alcoba, sin embargo, quedaba un calor de asfixia, que parecía extenderse en la habitación y escaparse en hilillos de humo. Albina, en extremo blanca, con las manos sobre el corazón, dormía sonriente, en medio de su lecho de jacintos y de tuberosas. Estaba bien muerta y debería de sentirse feliz. De pie, ante el lecho, el doctor la contempló por largo espacio, con la fijeza de los sabios que intentan resurrecciones. Después ni siquiera quiso separarle las manos; besóla en la frente, en aquel sitio que su maternidad había ya manchado con ligera sombra. Abajo, en el jardín, la azada de Jeanbernat continuaba hundiendo sus golpes sordos y regulares.

No obstante, al cabo de un cuarto de hora, el anciano subió. Había dado fin a su tarea. Encontró al doctor sentado delante del lecho, por tal modo concentrado en sus meditaciones, que parecía no sentir las lágrimas que, una a una, corrían por sus mejillas. Los dos hombres tan sólo cambiaron una mirada. Luego, tras un silencio:

—Yo tenía razón—dijo lentamente Jeanbernat, repitiendo su expresivo gesto,—no hay nada, nada, nada... Todo eso no es más que farsa.

Permanecía en pie, recogía las rosas caídas del lecho y las echaba una a una sobre las faldas de Albina.

—Las flores viven tan sólo un día—prosiguió diciendo;—mientras que las malas ortigas como yo, corroen las piedras en donde nacen... Ahora, bue-

nas noches, ya puedo reventar. Se me ha birlado mi último rincón de sol. Todo es una farsa.

Y se sentó a su vez. No lloraba; sentía la rígida desesperación de un autómatas, cuyo mecanismo se descompone. Maquinalmente extendió la mano y tomó un libro de la mesita cuajada de violetas. Era uno de los libracos del desván, un volumen desaparecido de Holbach, que leía desde por la mañana, velando el cuerpo de Albina. Como el doctor continuaba sin hablar palabra, anonadado como se sentía, púsose a volver las hojas; mas una idea le asaltó de repente.

—Si usted me ayudase—dijo al doctor,—la bajaríamos entre los dos y la enterraríamos con todas estas flores.

El doctor Pascual sintió un escalofrío. Dióle a entender que no estaba permitido guardar así a los muertos.

—¡Cómo! ¡No está permitido!—exclamó el viejo.—Pues bien, yo me lo permitiré... ¿Acaso no es mía? ¿Por ventura cree usted que me la voy a dejar quitar por los curas? Que lo prueben, si quieren ser recibidos a escopetazos.

Habíase levantado y blandía furiosamente el libro. El doctor le cogió las manos, las estrechó en las suyas y le rogó que se calmara. Durante un buen rato, siguió hablando, diciendo cuanto le venía a la boca; se acusaba, dejaba escapar retazos de confesiones y volvía a hablar vagamente de los que habían matado a Albina.

—Atienda usted—dijo por último el doctor,—ya no le pertenece a usted y hay que devolvérsela.

Pero Jeanbernat movía la cabeza y se negaba con el gesto. Sentíase vacilar, sin embargo, y acabó por decir:

—Está bien. Que la tomen y que les haga astillas los brazos. Querría que saliese de la tierra de ellos, para matarlos a todos de miedo... Por lo demás tengo un asunto que ventilar allá abajo... Mañana iré... Adiós, doctor. El hoyo será para mí.

Y cuando el doctor se ausentó, volvió a sentarse a la cabecera de la difunta, y prosiguió gravemente la lectura de su libro.

XVI

En la mañana aquella había gran bullicio en el corral del presbiterio. El carnicero de los Artaud acababa de matar a Mateo, el cerdo, bajo el cobertizo. Deseada, llevada por su entusiasmo, había sujetado las patas de Mateo, mientras que se le degollaba, besándole la espina dorsal, para que sintiese menos la cuchilla y diciéndole que era forzoso que se le despachase, ahora que de tan buen año estaba. Nadie como ella cortaba el cuello de una oca de un solo tajo, ni abría el gáznate de una gallina con un par de tijeras. Su amor por los animales aceptaba de buen humor aquellas carnicerías. Era preciso, se decía, para dejar sitio a los pequeñuelos que nacían. Y se ponía muy contenta.

—Señorita—gruñía la Teuse a cada minuto,—va usted a hacerse mal. Es no tener ni un adarme de sentido común el ponerse en semejante estado porque se mata un gorrino. Está usted más colorada que si hubiese estado bailando toda la noche.

Pero Deseada batía palmas, iba de acá para allá y se ocupaba de todo. La Teuse, por su parte, decía que las piernas se negaban a llevarla. Desde las seis de la mañana rodaba su masa enorme, desde la cocina al corral. Tenía que hacer las morcillas. Ella era la que había batido la sangre, dos anchos barreños de color rojo. Y no habría terminado nunca, porque la señorita la llamaba a ca-

da triquitraque, para maldita de Dios la cosa. Hay que decir que en el punto en que el matarife degollaba a Mateo, Deseada había tenido una gran emoción, al entrar en la cuadra. Lisa, la vaca, estaba en disposición de salir de su paso. Entonces, pasto de alegría extraordinaria, había acabado de perder la cabeza.

—Uno se va y otro llega—gritaba saltando y haciendo piruetas.—Pero, ven a ver, la Teuse.

Eran las once. A intervalos, salía un canto de la iglesia. Percibíase un murmullo confuso de desoladas voces, un balbuceo de plegaria, del que se destacaban bruscamente trozos de frases latinas, lanzadas a plena vez.

—Necesito ir a tocar—murmuró la vieja sirviente;—no acabaría nunca... ¿Qué otra cosa desea usted, señorita?

Mas no esperó la contestación. Echóse en mitad de una manada de gallinas, que se bebían ansiosamente la sangre, en los lebrillos. Hecha una furia, dispersólas a puntapiés. Luego tapó las vasijas, diciendo:

—¡Bueno! En vez de no dejarme vivir, mejor haría usted con tener cuidado con esas granujas... Si las deja campar por sus respetos, no tendrá usted morcillas, ¿comprende usted?

Deseada se reía. Aunque las gallinas se hubiesen bebido un poco de sangre, ¡vaya un mal! La sangre las engordaba. Aparte de esto, quería llevar a la Teuse, a que viera la vaca, la cual bregaba.

—Tengo que ir a tocar... El entierro va a salir. Ya usted ve.

Entonces en la iglesia las voces tomaron cuerpo y se extendieron en moribundo acento. Y con toda claridad oyóse un rumor de pasos.

—No, no—insistía Deseada, empujándola hacia el establo.—Díme lo que tendré que hacer.

La vaca, tendida sobre el heno, volvió la cabeza, mirándola con sus ojazos. Y Deseada se empeñaba en que, con seguridad, la vaca necesitaba

algo; tal vez se la habría podido ayudar, para que padeciese menos. La Teuse se encogía de hombros. ¿Por ventura los animales no sabían arreglar sus asuntos sin ayuda de nadie? No había para qué atormentarla, y asunto concluido.

Dirigiase, por último a la sacristía, cuando al pasar otra vez junto al cobertizo, lanzó un nuevo grito.

—¡Miren, miren ustedes!—dijo amenazando con el puño,—¡la muy pícara!

Bajo el cobertizo, Mateo, en espera de que se le chamuscara, estaba tendido panza arriba, con las patas al aire. El agujero que se le había hecho en el cuello, estaba fresco aún, con gotas de sangre que se desprendían. Y una gallineja blanca, de delicada apariencia, picaba una a una las gotas de sangre.

—¡Pardiez, cómo se regala!—dijo sencillamente Deseada.

Habíase inclinado y dábale palmaditas en el hinchado vientre del cerdo, agregando:

—¡Ah, rechoncho mío! Muchas veces les robaste sus sopas, para que ahora te coman a ti un poquito de cuello.

La Teuse se quitó en un santiamén el delantal, con el que envolvió el pescuezo de Mateo. En seguida apresuróse y desapareció en la iglesia. La grande puerta acababa de gemir sobre sus oxidados goznes, y una bocanada se extendía en pleno aire, en medio del tranquilo sol. Y, de repente, la campana se puso a doblar, a campanadas uniformes. Deseada, que se había quedado arrodillada delante del cerdo, siempre golpeándole el vientre, había levantado la cabeza y escuchaba, sin cesar de sonreír. Después, viéndose sola y habiendo mirado socarronamente a su alrededor, deslizóse a la cuadra, cuya puerta cerró tras de sí. Iba a ayudar a la vaca.

La pequeña verja del cementerio, que se había querido abrir de par en par, para dejar pasar el

cuerpo, apoyábase contra la pared, medio arrancada. En el vecino campo el sol dormía sobre las hierbas secas. El cortejo entró salmodiando el último versículo del *Miserere*. Y tuvo lugar un rato de silencio.

—*Requiem aeternam dona ei, Domine*—entonó con voz grave el padre Mouret.

—*Et lux perpetua luceat ei*—agregó el Hermano Archangias, con mugido de chantre.

Primero se adelantó Vicente, con sobrepelliz, llevando la cruz, una gran cruz de cobre con el baño de plata medio gastado, que alzaba con ambas manos, tal alta como podía. A seguida el padre Mouret, por demás pálido, con la casulla negra, la cabeza erguida, cantando sin un temblor de labios, con los ojos fijos a lo lejos, delante de él. El cirio encendido que llevaba, manchaba apenas la plena claridad del día con una gota rojiza. Y, a dos pasos, casi tocándole, venía el féretro de Albina, que cuatro campesinos llevaban sobre una especie de parihuelas, pintadas de negro. El ataúd, mal cubierto con un paño demasiado corto, dejaba ver, a los pies, el abeto nuevo de sus tablas, en las cuales las cabezas de los clavos despedían aceradas chispas. En medio del paño, veíanse flores sembradas, puñados de rosas blancas, jacintos y tuberosas, tomadas en el mismo lecho de la muerta.

—¡Mirad lo que hacéis!—gritó el Hermano Archangias a los campesinos, cuando éstos inclinaron algo las parihuelas, para que pudiese pasar sin que se enganchara a la verja.—Váis a volcarlo todo al suelo.

Y contuvo el ataúd con su manaza. Llevaba el hisopo, a falta de otro capellán; y reemplazaba por igual modo al chantre, el guardia rural, que no había podido asistir.

—Entrad también vosotros—dijo volviéndose.

Era otro cortejo; el niño de la Rosalía, muerto el día anterior, en una crisis de convulsiones. Hallábanse allí la madre, el padre, la vieja Bricbet,

Catalina, y dos grandullonas, la Roja y Lisa. Estas dos llevaban la cajita del pequeñuelo, cada una por un extremo.

Bruscamente las voces dejaron de percibirse. Tuvo lugar un nuevo silencio. La campana continuaba tocando, sin apresurarse por modo lastimero. El cortejo atravesó todo el cementerio dirigiéndose al ángulo que formaban la iglesia y la pared del corral. Bandadas de saltamontes se ponían en fuga y los lagartos se refugiaban de prisa y corriendo en sus agujeros. Un calor, bochornoso todavía, pesaba sobre aquel rincón de tierra fértil. Los ligeros ruidos producidos por las hierbas aplastadas bajo los pies del cortejo revestían un murmullo de comprimidos sollozos.

—¡Eh, deteneos ahí!—dijo el Hermano atajando el paso a las dos muchachonas que llevaban al niño.—Esperad a que os toque el turno. No hay necesidad de que os metáis entre nuestras piernas.

Y entonces las buenas mozas pusieron el cadáver en el suelo. La Rosalía, Fortunato y la vieja Bricchet se detuvieron en mitad del cementerio, mientras que Catalina seguía distraídamente al Hermano Archangias. La fosa de Albina estaba abierta a la izquierda de la tumba del padre Caffin, cuya blanca losa parecía al sol sembrada de lentejuelas de plata. El hoyo abierto recientemente por la mañana, se hallaba entre grandes y espesas matas de hierba; al borde, altas plantas, a medio arrancar, inclinaban sus tallos; en el fondo, una flor había caído, manchando el negro de la tierra con sus pétalos rojos. Cuando el padre Mouret se adelantó, la blanda tierra cedió bajo sus pies; tuvo que retroceder para no rodar a la fosa.

—*Ego sum*—entonó con voz robusta, que dominaba las lamentaciones de la campana.

Y, durante la antifona, los asistentes dirigían instintivamente furtivas miradas al fondo de la fosa, vacía aún. Vicente, que había plantado la cruz al pie, frente al sacerdote, empujaba con el za-

pato montoncitos de tierra que se divertía en dejar caer; y aquello hacía reír a Catalina, inclinada tras él, para ver mejor. Los campesinos habían colocado el ataúd sobre la hierba; y estirábanse los brazos, mientras que el Hermano Archangias preparaba el hisopo.

—¡Aquí, Voriau!—llamó Fortunato.

El gran perro negro, que había ido a olfatear el ataúd, volvió a regaña dientes.

—¿Por qué han traído el perro?—exclamó Rosalía.

—¡Pardiez! Nos ha seguido—dijo Lisa, riéndose con toda discreción.

Toda aquella gente hablaba a media voz, en torno a la cajita del pequeñuelo. El padre y la madre le olvidaban a cada instante; después se callaban, cuando le veían allí, entre ellos, tendido a sus pies.

—¿El tío Bambousse no ha querido venir?—preguntó la Roja.

La vieja Bricchet alzó los ojos al cielo.

—Ayer, cuando el pequeñín murió, hablaba de hacerlo todo trizas. No, no es un buen hombre, lo digo delante de usted, Rosalía... ¿Acaso no ha estado en un tris que no me estrangulase, gritando que se le había robado, y que habría dado uno de sus campos de trigo porque el rapaz hubiese muerto tres días antes de la boda?

—No se podía saber—dijo el gran Fortunato con semblante de malignidad.

—¿Y qué va ni viene que el viejo se enfurruque?—agregó Rosalía.—Sea como sea, ahora ya estamos casados.

Y se sonreían por encima de la cajita, con los ojos relucientes. Lisa y la Roja se empujaron con el codo. Todos volvieron a ponerse muy serios. Fortunato había tomado un terrón de tierra para arrojar a Voriau, que rodaba entonces por entre las viejas losas.

—¡Ah! He aquí que ahora esto va a concluir—dijo muy bajito la Roja.

Delante de la fosa, el padre Mouret terminaba el *De profundis*. Después se acercó al féretro, a paso lento, se irguió y lo contempló un instante sin parpadear un momento. Parecía de mayor estatura y en su rostro se leía una serenidad que le transfiguraba. Inclínose y tomó un puñado de tierra, que esparció sobre la caja en forma de cruz. Y recitaba con tan clara voz que ni una sílaba fué perdida:

—*Revertitur in terram suam unde erat, et spiritus redit ad Deum qui dedit illum.*

Un estremecimiento había corrido entre los circunstantes. Lisa reflexionaba y decía con aburrimiento:

—Sea como sea, la cosa no es muy divertida, cuando se piensa que ha de llegarnos nuestra vez.

El Hermano Archangias tendió el hisopo al sacerdote, y éste lo sacudió diferentes veces por encima del féretro. Murmuró:

—*Requiescat in pace.*

—*Amen*—contestaron a un tiempo Vicente y el Hermano, en tan agudo tono y en tono tan grave, que Catalina tuvo que meterse el puño en la boca para no estallar.

—No, no, no es cosa de reirse—continuó Lisa.—A este entierro no ha venido nadie. A no ser por nosotros, el cementerio estaría vacío.

—Dícese que ella se ha matado—apuntó la vieja Bricbet.

—Sí, ya lo sé—interrumpió la Roja.—El Hermano no quería que se la enterrase con los cristianos. Pero el señor cura ha contestado que la eternidad era para todo el mundo. Yo me encontraba allí... Sea como sea, el Filósofo habría podido venir.

Pero la Rosalía les hizo callar, murmurando:

—¡Eh, mirad! ¡Allí está el Filósofo!

En efecto, Jeanbernat entraba en el cementerio. Marchó en derechura al grupo que se mantenía junto a la fosa. Llevaba su andar airoso, tan suave

todavía, que no hacía el menor ruido. Así que se hubo adelantado lo bastante, permaneció en pie, detrás del Hermano Archangias, cuyo cogote pareció comerse un instante con los ojos. Después, tan luego como el padre Mouret daba fin a sus oraciones, sacó tranquilamente un cuchillo de la faltriquera, abriólo, y de un sólo tajo, cortó la oreja derecha del Hermano.

Nadie tuvo tiempo de intervenir. El Hermano lanzó un terrible alarido.

—La izquierda será para otra ocasión—dijo con placidez Jeanbernat, tirando la oreja al suelo.

Y se volvió a marchar. El estupor fué tan grande, que ni siquiera se pensó en perseguirle.

El Hermano Archangias se había dejado caer sobre el montón de fresca tierra retirada del hoyo. Había puesto el pañuelo a guisa de tapón sobre la herida. Uno de los cuatro portadores quiso llevárselo a su casa; pero se negó con un ademán. Quedóse allí, feroz, esperando, queriendo ver bajar a Albina a la fosa.

—Ahora nos toca a nosotros—dijo la Rosalía con un ligero suspiro.

Entretanto el padre Mouret se detenía cerca del hoyo, mirando a los portadores que ataban el ataúd de Albina con cuerdas, para hacerlo deslizarse sin sacudidas. La campana continuaba doblando; mas la Teuse se debía de cansar, porque los golpes perdían su uniformidad, como irritados por la gran duración de la ceremonia. El sol se presentaba más ardiente, la sombra del Solitario se paseaba con lentitud en medio de las hierbas desiguales de las tumbas. Cuando el padre Mouret tuvo que retroceder, a fin de no estorbar, sus ojos se fijaron en la losa del padre Caffin, aquel sacerdote que había amado y que dormía allí tan apaciblemente, bajo las silvestres flores.

Luego, de repente, mientras que el féretro bajaba, sostenido por las cuerdas, cuyos nudos le arrancaban crugidos, una trapatiesta terrible su-

bía del corral, detrás de la pared. La cabra balaba. Los patos, los gansos, las pavas, castañeaban los picos, agitaban las alas. Las gallinas cacareaban los huevos, todas a un tiempo. El gallo leonado Alejandro, lanzaba su canto de clarín. Oíanse hasta los saltos de los conejos, zarandeando las tablas de sus madrigueras. Y por encima de toda la bulliciosa vida de aquel pequeño mundo de animales, una gran carcajada llegaba hasta allí. Hubo también gran roce de faldas. Deseada, con el cabello en desórden, con los brazos desnudos hasta el codo y con el rostro encendido de triunfo, apareció, con las manos apoyadas en el caballete de la tapia. Debía de haberse subido sobre el montón de mantillo.

—¡Sergio! ¡Sergio!—gritó.

En aquel instante, el ataúd de Albina se hallaba en el fondo de la fosa. Acababan de retirar las cuerdas. Uno de los campesinos echó la primera paletada de tierra.

—¡Sergio, Sergio!—gritó Deseada más fuerte aún y palmoteando.—¡La vaca ha tenido un becerrillo!

FIN

PO
F
V.